

X Galo René Pérez.

X EL V SALON NACIONAL DE ARTES PLASITICAS

En las modestas salas del Museo de Arte Colonial, la Casa de la Cultura organizó, como en años anteriores, esta nueva muestra de la plástica ecuatoriana. No tuvimos necesidad de mucho tiempo para apreciarla, y no porque ella haya sido poco numerosa; muy al contrario, puede decirse que fué abundante: la compusieron 67 cuadros y 3 esculturas, y llegaron a 20 sus autores. Si no demoramos en aquellas salas, eso obedeció a que las obras expuestas no lograron captar toda nuestra atención, y estéril y penoso hubiera resultado meditar ante ellas, tratando de percibir su espíritu y composición. Ortega y Gasset, el gran maestro del bien decir, cuando se detenía frente a las telas de Velásquez y de Tiziano, discurría largamente, y magnificándolo todo en su bello estilo, sobre el temblor humano, la fuerza expresiva, el aliento vital y la ciencia misma de la línea y el color que advertía en esas obras. Su talento de escritor y su aguda sensibilidad encontraban el ambiente adecuado en que manifestarse. En los lienzos de aquellos maestros había un soplo que encendía su elocuencia, un estímulo poderoso que excitaba su imaginación, un tema, en fin, del que ocuparse. Infortunadamente, esto no podía ocurrir con la muestra pictórica de este V Salón ecuatoriano. Tras breves minutos, se tenía formada una apreciación de él: una pobreza general, una medianía que abrumaba prevalecía sobre el conjunto, limitando la fuerza artística de las obras como con la dureza inexorable de sus propios marcos, y confundiéndolas en un todo, sino de rasgos iguales, por lo menos de idénticas dimensiones estéticas.

Nos dolería afirmar que las artes plásticas ecuatorianas sufren una profunda crisis; y, con todo, la visita al V Salón

parece llevarnos a esa conclusión de modo ineluctable. Vimos por allí obras de José Enrique Guerrero cuyo obstinado toque localista las pierde sin remedio. Mientras Guerrero no abandone su "Mama Cuchara", mientras no crezca en profundidad y altura, viendo más allá de los campanarios y penetrando mejor en la entraña valedera de lo autóctono, estará condenado a enriquecer aquel acervo de calles tortuosas y tejados bohemios de la pintura turística de nuestra ciudad. También estaban allí los óleos de Luis Moscoso, y lo primero que ellos nos dejaban advertir era su falta de unidad en la parte formal, en la manera misma de tratar los motivos. Señal evidente es ésta de sus angustiosas vacilaciones, de lo inconsistente de su capacidad, de su personalidad todavía poco enteriza. A esto se agrega su miedo a pintar, a usar los colores con más fuerza y decisión. Luego, se encontraban las telas relamidas de Mena y Piedad Paredes, quienes se han entregado únicamente a la tarea deleitosa de respetar la línea pura del dibujo, que, si se nos sufre la expresión, es la parte simplemente "ortográfica de la pintura". Se nos ofrecían, así, como dos pintores de admirable ortografía. Y en un rincón de la sala lateral, preparado como para velar la avertonzada situación de sus figuras, parecían purgar los cuadros de Diógenes Paredes. Ni su "Cuencanita", de rasgos fisionómicos puramente parisienses, ni sus "prisioneros", que son verdaderos prisioneros de la tela, en donde las abigarradas formas y colores dan la pesada impresión de lo barroco, han podido convencernos. Grave desengaño nos deparó Diógenes Paredes, pues siempre habíamos admirado su vigoroso aliento de artista, su fuerza ingénita para crear, su lenguaje plástico expresivo, directo, tierno hasta en lo más oscuro de su dramatismo, casi virginal en su caudalosa espontaneidad.

De este verdadero limbo artístico, surgía para salvarse solamente la obra de Eduardo Kingman. Cinco óleos eran los suyos, y todos mantenían una depurada jerarquía estética. Sin embargo, en uno de ellos, en "El Sembrador de Lágrimas", perturbaba el gozo íntimo una injustificable disonancia: la presencia de unas lágrimas que, no sólo por lo pobre del recurso, sino también por su lamentable ejecución, parecían escapadas del pincel contra la voluntad del artista. Además, se echaba de ver que la posición de las manos que cubren aquel rostro, se había inspirado en las "Mujeres Llorando" de Oswaldo Guayasamín. "La Helada", era, a nuestro ver, el mejor de estos óleos, por el gran equilibrio de

sus formas y tonalidades. En "La Candela" se descubría también una laudable posesión de verdadera técnica, aparte del gran alarde de fuerza vernácula en su motivo mismo, y en "Sed" se percibía un acertado sentido de sobriedad, pero no sin dejar de ver el ánimo demasiado complaciente del artista, que ha puesto en su obra una fácil y grata dulzura de matices.

En fin, estas eran las observaciones que tenían que fluir, sin ánimo dañoso, de una visita al V Salón Nacional de Artes Plásticas.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



EL SEMBRADOR DE LAGRIMAS

Oleo de Eduardo Kingman



LA HELADA

Oleo de Eduardo Kingman



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SED

Oleo de Eduardo Kingman



CAJONERA Oleo de Eduardo Kingman



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



LA CANDELA Oleo de Eduardo Kingman